

DEL CUERPO INMODIFICABLE AL “YO NO PASO HAMBRE”. INDICIOS DE MODULACIÓN ESTÉTICA DE “LO QUE PIDE EL CUERPO” EN HOMBRES DE CLASES POPULARES

1. SILENCIO SOBRE EL CUERPO Y SILENCIO DEL CUERPO. LA PERVIVENCIA DE UNA CONCEPCIÓN DE LA ENFERMEDAD

La posibilidad de prestar atención estética al cuerpo depende, en buena medida, de la singularización de las condiciones de atención al mismo. Sólo cuando el sujeto puede otorgarse procedimientos públicos –es decir, socialmente legítimos en su medio- para organizar, según su proyecto personal, la morfología de su cuerpo, comienzan a reunirse condiciones sociales de producción de prototipos corporales estetizados. De lo contrario, los individuos se ven obligados a perseguir –si es eso lo que desean- tales prototipos corporales a través de prácticas encubiertas y, por ende, desviantes.

Ciertamente, es posible que los prototipos corporales se persigan sin enunciarse explícitamente e incluso a través de un constante cuestionamiento de los mismos. Uno de los modos posibles de colocar el cuerpo como centro de atención consiste en analizar continuamente las exigencias –siempre juzgadas como ineludibles por “totalitarias”- asociadas al cuerpo. En cierto modo, los sujetos –como comprobamos en el caso de A, del grupo de jóvenes universitarios- suelen considerar opresivos los modelos, personalmente costosos de alcanzar, de los entornos sociales en los que desean insertarse o triunfar. Igual que no se encontrarán relatos más insistentes sobre las idas y venidas de la burocracia universitaria que entre aquellos que ansían –y que, tal vez, provisionalmente no logran- su patronazgo para progresar en el mundo académico, ciertas formas de escándalo respecto a la violencia estética en lo que concierne al cuerpo, testimonian la inserción y el deseo de progreso en escenas sociales organizadas alrededor de la valoración del capital corporal. No era extraño entre ciertos aristócratas el doble juego consistente en, por un lado, denunciar las reglas estéticas imperantes en la corte y, por otro lado, utilizar los códigos denunciados para mejor prosperar en el entorno vituperado¹. O, como explicó Bourdieu en algún lugar, *La distinción* ha sido utilizada por algunos como un manual de saber vivir y, a través de él, de dominar en provecho propio las relaciones de violencia simbólica.

A la hora de analizar los discursos respecto a la estetización del cuerpo, no resulta tan significativo qué se diga sino cuánto se diga. Así, el silencio sobre el cuerpo aumenta cuando más se considera que éste sigue su propia dinámica y disminuye cuando se concibe el cuerpo como escenario de los más variados manejos subjetivos². Esta segunda actitud permite el esfuerzo por determinar el mal –en forma de exceso o

¹ Caso de Hérault de Séchelles, aristócrata revolucionario francés que terminó en la guillotina en el que algunos vieron al modelo del Vizconde de Valmont, personaje de la novela –posteriormente llevada al cine- *Las amistades peligrosas*. F. Matonti, *Hérault de Séchelles ou les infortunes de la beauté*, Paris, La Dispute, 1998, pp. 37, 50.

² Cabría preguntarse si esta repugnancia a hablar demasiado sobre el cuerpo no se encuentra presente en uno de los rasgos del entrenamiento pugilístico de jóvenes proletarios descrito por Lööc Wacquant: la ausencia de un plan metódico y reflexivo de gestión del cuerpo y la confianza en el sentido práctico adquirido en el gimnasio como base para la transformación corporal. L. Wacquant, *Corps et âme. Carnets ethnographiques d'un apprenti boxeur*, Paris, Agone, 2000, p. 128.

defecto- tras la aparente calma de los órganos corporales³. Por contra, la primera actitud considera el cuerpo como un instrumento cuya salud se mide por su capacidad de acción cotidiana y cuyo desgaste se anuncia por la violenta irrupción del mal que pone al individuo fuera de juego.

El análisis de los tres grupos de discusión realizados con hombres de clases populares testimonia la permanencia de esa concepción de la enfermedad. Concepción de la enfermedad que la literatura sociológica distribuye socialmente: la idea del cuerpo sano como simple silencio de los órganos se adscribe a las clases trabajadoras; la concepción, contraria, del cuerpo como escenario de un combate subjetivo por el bienestar físico se adscribe, en general, a las clases medias y altas⁴. Una actitud fundada en la concepción de la salud que abunda en las clases populares favorece poco el intervencionismo corporal. En el grupo de pequeños agricultores de Pegalajar, la enfermedad se enuncia a la vez con dos rasgos: es el momento que interrumpe el curso de la vida; es también aquello que permite justificar los privilegios alimenticios y, por tanto, la desviación respecto a la norma establecida por el grupo familiar:

“F: A ti te ponía tu madre por la mañana migas y comías migas, tu padre, tu madre, tu hermana, tu Agustín. ¿Es que a ti tu madre no te preguntaba qué quieres comer?, porque a mí no me ha preguntao.... Tu madre no te preguntaba porque a mí no me ha preguntao ¿y tú que quieres comer? pues claro de ahí salen los niños y tienes que ponerles lo que ellos quieran.

M: Has tocao un tema que en mi casa... Estábamos seis y ponía comida pa cinco. Pa uno nunca ponía comida... O sea es que no comía... Era mi hermano Agustín que como tenía anemia. En mi casa comíamos toos, estábamos seis y comíamos cinco y ponía comida pa cinco, pa uno nunca poníamos comida. Es que como no se comiera eso no comía, claro y mi hermano como no comía le tenía que poner otra cosa porque no comía y se moría.

F: Bueno, pero eso ya es... asunto de enfermedad...es asunto de enfermedad.

M: Cuando se fue a la mili pilló una anemia que se moría. Estaba acostumbrao y como no comía y como no le daba hambre tampoco. Te digo yo que antes nos ponían lo que tenían. Antes, yo tengo unos setenta, no llego y de los de mi edad yo en la mili era de los más altos y ahora mis hijos me llevan a mí toos una cuarta, porque la alimentación ha mejoro....

R: Porque no trabajan tampoco hombre. En mi casa yo me comían un platano con una espuerta de estiercol con seis años

M: ¿Cuántos plátanos y mazanas te has comío tú que no hayas cogío de tu huerta? Yo pa comerme un plátano tenía que ponerme malo. Antes comía plátanos pa el que estaba malo. El que no estaba malo no comía plátanos. Y

³ Sirvan como ejemplo las declaraciones de un joven de 29 años que trabaja como sexólogo: “Mi cuerpo soy yo entero; yo me considero una unidad. Que me sienta bien a nivel psíquico y orgánico, que sienta como funciona. Por ejemplo, me gusta hacer montaña y ne gusta sentir mi cuerpo en la montaña, no me importa sudar, cansarme, pasar hambre. Eso es una foma de sentir mi cuerpo, y mi cuerpo funciona. Para mí eso es salud y tiene que ver con prevenir, o sea, cuidarme, no prevenir enfermedades en concreto, sino prevenir degeneraciones, decadencias... alimentación, ejercicio, higiene mental...”. Citado en Mari Luz Esteban (la cursiva es mía), “Estrategias corporales masculinas y transformaciones de género”, O. Guasch, O. Viñuales (eds.), *Sexualidades. Diversidad y control social*, Barcelona, Bellaterra, 2003, p. 52.

⁴ Véase L. Boltanski, *Puericultura y moral de clase*, Barcelona, Laia, 1974, pp. 99-100. Para un balance de la literatura francesa e inglesa al respecto véase P. Adam, C. Herzlich, *Sociologie de la maladie et de la médecine*, Paris, Nathan, 1994, pp. 67-69.

ahora no falta la fruta en too el año” (Pegalajar, grupo de pequeños agricultores).

Distancia a la norma dietético-social y ruptura mórbida con el orden cotidiano se superponen. Puede considerarse que esta concepción de la enfermedad y la alimentación es producto de férreas condiciones de escasez. No parece acertado: la condición de enfermo como previo al cuidado excesivo aparece en varios momentos del grupo –que en este punto no se fractura como en otras cuestiones-⁵. Podemos comprobarlo cuando el grupo se refiere a los personajes marginales del pueblo. Estos demuestran que la salud es la capacidad del cuerpo para interiorizar la costumbre y que la falta de cuidado corporal, lejos de abocar a la enfermedad, es capaz de instituir una normatividad vital nueva –a través de la elevación del umbral de tolerancia a los agentes “patógenos”-:

“M: El Lolo y el Kiko en los contenedores de detrás de la panadería cogían en la basura y venían con dos o tres cajas de yogures. ‘No veis que os vais a envenenar’, ‘que no...’ y se sentaban debajo del pilar aquel y se ponían a comer yogures.

R: Esos son inmunes hombre, esos están tan aconstumbraos a la suciedad que son inmunes. Hay gente que están acostumbraos a la suciedad y no se ponen malos” (Pegalajar, grupo de pequeños agricultores).

El grupo de trabajadores de Granada opera con una concepción similar. EC, la persona más diplomada del grupo, que confesará haber padecido una bulimia, y por ello susceptible de un discurso ajustado al escrutinio permanente del cuerpo, considera que “el organismo del cuerpo humano lo vence todo”. Esa verdad del organismo –concebido como un sujeto dotado de su lógica y por tanto renuente a las componendas humanas- se traiciona en cada ocasión en que se quiere corregir artificialmente su dinámica. Así, dos formas de atención al cuerpo se perfilan: una, legítima, que sucede a la enfermedad que paraliza, frente a otra, surgida de la insumisión contra las dinámicas del cuerpo. Una figura posible de esta última, conjuga la insolidaridad familiar y el delirio estético. Como buenos locos, las personas que entran en semejante juego se sitúan allende las fronteras del grupo. Esta discusión sobre las mujeres que se niegan a dar el pecho al niño –por cuidado estético- es fuertemente significativa:

“AJ: Pero ya si esa mujer, bueno [se preocupa por el pecho y su forma], sí, será otro ambiente, tendría que ser un ambiente que yo no conozca, porque nadie amigo mío, su mujer hace eso.

JT: Se mirarán mucho a sí mismos (¿si es verdad?) lo que ha tenido ¿no? Yo qué sé.

EC. Por eso digo, un poco egoísta... [las mujeres referidas].

JT: Un poco egoísta por parte de decir: “yo he echado al niño y (...) que me lo cuide porque yo puedo (...) que pueda alimentar a mi niño y mis cosas y yo paso aquí de...” Joder, tienes una criatura.

AJ: Sí, pero luego salen en la tele esas modelos, en esos anuncios con el pecho y ellas dicen: “¡cucha! que pecho tengo yo por haberle dado...”

JT: Si eso es todo, si eso es todo...

⁵ Es el caso de A que señala –sus palabras son difíciles de transcribir- que hoy hasta los peces, “alimentados con alfalfa en albercas” están enfermos. Los peces perderían así su autonomía como los humanos enfermos, abocados a guardar cama y a comer alimentos especiales.

AJ: *Lo que quieran ellas.*

JT: *Claro, por eso te digo, luego ya se descuelgan, luego se tendrán que operar, o es que... Eso son cosas normales de la vida... [que el pecho se “descuelgue” con el paso de los años]*” (Granada, grupo de trabajadores).

Se diría que atender demasiado el cuerpo testimonia una posición mórbida, en el doble sentido de “fuera de la salud” (de ahí, la “locura” estética cuando la atención no viene determinada por la parálisis del cuerpo en la enfermedad) y fuera de la moral: era egoísta querer plátanos sin estar enfermo (eso suponía una discriminación alimenticia en el grupo familiar) y continua siéndolo el deseo de conservar un cuerpo libre de la usura del tiempo –y, por ello, de la lógica “autónoma” del cuerpo- y del trabajo –que se manifiesta en que quien se cuida tanto no puede cumplir su trabajo: por ejemplo, dar el pecho al niño-.

Los jóvenes trabajadores de Calañas introducen dos formas de excepción alimenticia: la primera de ellas, cuya solidez sociológica se muestra en el capítulo dedicado a jóvenes, ligada a la excepcionalidad de la clase de edad. JA, por ejemplo, de 22 años y peón agrícola, hijo de panadero y ama de casa y novio de una estudiante, ejemplifica bien cómo la excepcionalidad ligada a la clase de edad penetra los medios populares. En su casa, dice, hay ocasiones en que se prepara una comida para cada paladar. Tales excepciones son el resultado del aumento del poder de compra, la liberación por tanto del cepo de la escasez y de la tolerancia creciente hacia la individualización alimenticia –bajo ciertos límites- presente en las clases populares. Sin embargo, con ello no se defiende la racionalización de una atención individualizada al cuerpo: sólo la enfermedad la justifica. Esta cuestión se observa, primero, cuando C –peón del astillero, novio de una estudiante e hijo de un minero y un ama de casa- para quien la comida doméstica no admite excepciones, señala su extrañeza ante la pluralidad gastronómica del hogar de JA. Sólo la enfermedad del abuelo de C justifica la excepción alimenticia. En ese momento, JA apoya a C mostrando el patrón de excepción alimenticia por cuestiones de salud que maneja. Una persona sólo debe cuidarse de comer grasas si está enferma:

“C: En mi casa porque vive mi abuelo y hace comidas más que nada por mi abuelo, y entonces hay que comer todo.

A: ¿Y qué le gusta a tu abuelo?

C: Mi abuelo tiene que comer sano porque los viejos tienen que comer más sano, por eso hay que comer lo que hay (pausa).

MA: ¿Los viejos tienen que comer sano?

JA: Lo que no se puede es comer todos los días eso, carne y...

C: Hombre, se va a hartar de chorizo todos los días pa que le dé un yuyu. Tiene que vigilar el colesterol y todas esas cosas, ¿no?” (Calañas, grupo de jóvenes trabajadores).

Un segundo momento discursivo muestra la ilegitimidad de la restricción alimenticia estéticamente condicionada y su asimilación a lo mórbido. El preceptor plantea la posibilidad de hacer un régimen para “mantenerse fuerte” –pensando, quizá, en muscularse-. El grupo ni siquiera se plantea la posibilidad: toda la argumentación sugiere una especie de trabajo colectivo para desmentirla. La hermana de AJ (dueño de un bar e hijo de minero), que hace dieta, tiene el color del alimento sin grasas que consume abundantemente (“cara de pavo”). MA, hijo de pensionista y prometido de una ingeniera técnica agrícola, incrusta las dietas en el mundo de la excepción médica: no

son sanas, dice, porque quien las hace tiene que ir al médico. Ergo, debe estar enfermo. El ejemplo es su padre, que accedió a la dieta en el periodo de recuperación de una enfermedad. Sólo en ese contexto, el de la enfermedad, se eliminan las grasas y «cuatro porquerías» —que, aclara en seguida JF (pescadero que continua el oficio familiar) hacen daño en grandes cantidades—. Como termina rubricando MA, la dieta tiene sentido en un periodo excepcional —para salir de una enfermedad—, de lo contrario acaba produciendo el más terrible de los estados para aquellos que venden su fuerza de trabajo corporal: la anemia:

“Preceptor: Y cosas de esas, de quien hace un régimen estricto de alimentos para mantenerse fuerte...”

Al: Tienen color de cara de pavo... Mi hermana hace un régimen y tiene un color de cara siempre, blanco.

MA: Claro, es normal y no es sano. Tú vas a un médico y hacer una dieta no es sano, ¿o es sano? ¿Tú no puedes dar tu opinión?, (- NO). ¿que es sano hacer una dieta?, quillo, no es sano, tío, hacer una dieta no es sano, por qué te vas a quitar lo que tu cuerpo te pide, tío, si no es sano, eso qué coño va a ser sano hacer una dieta, como que no... Porque tu hermana está ahora mismo comiendo pavo y ve a uno por la calle comiéndose un bocadillo de jamón y se va detrás hasta que se lo come, porque qué coño, tú tienes que comer lo que tu cuerpo te pide y ya está. Esto, pues esto, y punto, y lo otro, pues lo otro, y no ahí una cosita y esto y lo otro y tomar, hacer una dieta no es sano, tío.

Al: Y abusar es malo, ¿o no?

MA: Que una dieta no es sana, una dieta de un mes o lo que sea por perder algo, pero hay gente que sigue siempre el mismo eso y un mes y otro mes, eso no es sano, tío, no

JA: Yo creo que es peor que comer tó

MA: Claro que sí, ¿no?

Al: Pero tu padre sigue una dieta, ¿no?

MA: Sí, pero mi padre sigue una dieta que come de todo, poco, pero come de todo y le quitaron la sal, y para, ya no, ya gracias a dios ya puede comer de todo (- De todo). Pero al principio para ir recuperándose de la enfermedad le cortaron las grasas y cuatro porquerías que hacen daño al cuerpo ¿no?, pero ya después el come de todo.

Al: Entonces es una dieta sana, ¿no?

JF: Hacen daño en grandes cantidades, bueno, en grandes cantidades.

Al: Pero es una dieta sana ¿no?

MA: Un tiempo A; un mes, dos meses, pero hay gente que lleva a dieta un mes y otro mes y otro mes, pero siempre tiene...

JF: Ya eso es peligroso.

MA: Pues claro que sí. Ya están cogiendo anemia, ¿no?” (Calañas, grupo de jóvenes trabajadores).

La dieta viola la lógica del cuerpo. Las frustraciones que impone demuestran que supone una violentación cultural de las demandas espontáneas del organismo. Lo que exige la estética frustra lo que pide el cuerpo. Pese a la pervivencia de una concepción de la excepción alimenticia como enfermedad, la cantidad de discurso invertida en afirmarla y los continuos refuerzos mutuos entre los miembros del grupo denotan una inversión por conjurar las crecientes exigencias corporales que se abaten sobre los participantes. C comenzó una dieta hace unos meses, primero señala que por curiosidad

y más tarde porque le sobran algunos kilos. Estando sano, C considera que no merece la pena frustrarse por unos kilos de más. No es el caso de quien por su corpulencia se sitúa al borde de la enfermedad⁶.

3. LA ESTIGMATIZACIÓN DEL GORDO Y LA DIETA COMO TIMO. LA DEFENSA DE LO QUE PIDE EL CUERPO

Una cierta problematización de la gordura se anuncia en el grupo de Calañas. En ese sentido, el discurso de C es muy significativo. Él se percibe unos kilos de más, pero puede controlar la angustia que tales kilos le provocan utilizando un esquema que nos ocupó en el epígrafe anterior. Según tal esquema, la salud es incompatible con la restricción alimenticia. Por tanto, la dieta no justificada médicamente coloca al individuo –que debe “mantenerse” para trabajar- al borde de la enfermedad elegida. Entre dos formas de muerte social –la representada en el mercado estético por los kilos de más y la ocasionada en el mercado de trabajo por la “anemia”- los miembros del grupo no dudan en decantarse por evitar la segunda. Ello no significa que las amenazas de la primera comiencen a incomodarles.

La conversión de la corpulencia masculina en índice de degradación estética procede de al menos dos fuentes. En primer lugar, de los modelos estéticos de la clase dominante: el ejecutivo musculado y bronceado sustituyó durante los años 70 al patrón tripudo como emblema de los cuerpos con clase. Esa burguesía, por utilizar palabras de Bourdieu, de la “sauna, la sala de gimnasia y el esquí”⁷ convirtió la capacidad de relación con los demás y la gestión de su físico en una de las condiciones fundamentales

⁶ “MA: Y ya está y a tomar por, si eso es así, si eso es así. Ahora yo estoy aquí con la dieta, ahora viene esto con un bocadillo de jamón y ahora me comía yo un bocadillo de jamón, ¿por qué no te lo vas a comer? Cómete un bocadillo de jamón y a tomar por culo.

C: Yo no voy a pasar a hambre por..

M: Ahí está el tío sin complejo de ninguna clase; y digo yo que estaré sano, ¿no? (-Yo creo que no) o a lo mejor no, pero ahí está el tío. Las dietas y ese rollo, tío

C: Yo hace un mes, te lo dije a ti, una dieta dos semanas para ver como, para ver como, a ver si, a ver como era eso.

MA: ¿Y qué?

C: Perdí kilos pero pasé hambre, y yo no voy a pasar hambre.

Al: Con veintitantos años que tiene. Los regímenes esos que hacen, tío, a chavales de diez y doce años, tío, ¿tú te crees que puede hacer un régimen un chaval de doce años, tío?, ¿cómo va a hacer un régimen?

- Pero claro, hombre

JF: ¿Tú has visto a mi prima Inma? Tú la has visto, la hermana de Juanita, esa chavala.

C: O hace un régimen o se sale por los laos (todos a la vez)

- Hay gente que sí... Tiene que hacerle una dieta.

- Pero eso después es todo malo.

- Pero volvemos a lo mismo, por enfermedad

- Porque eso es malo

- Eso es que es una enfermedad

C: Pero es lo mismo, es un régimen, una dieta por enfermedad. No porque esté un tío sano como una pera y tenga a lo mejor cinco kilos de más como estoy yo, ea pues a hacer dieta, y si no pierdo los cinco kilos en un mes, otro régimen

Al: Pero eso no es normal, no, lo que dice él, un crío que la madre, que la madre le da de comer a todas horas, pum, pum, pum y lo engorda, y ahora después que lo engorda lo quiere adelgazar” (Calañas, grupo de jóvenes trabajadores).

⁷ P. Bourdieu, *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 1991, p. 312.

de su éxito social. A través de su capacidad de movimiento por las diferentes escenas sociales, el nuevo prototipo dominante ejercitaba su capacidad para leer posibles fuentes de beneficio en un mundo laboral crecientemente inestable. La burguesía del capitalismo posfordista, embarcada en un cuerpo a cuerpo cotidiano⁸, debía habilitar sensores que permitieran dominar los estados emocionales de los demás, sus valoraciones implícitas. Ese trabajo cognitivo resulta indisociable de un trabajo praxeológico consistente en subyugar dulcemente, trabajo en el que el “encanto” personal constituye la principal baza. Un prototipo patronal pues, que rompe la diferencia, tradicional en el campo del poder, entre el artista y el empresario y que incorpora la belleza física como condición del permanente movimiento subjetivo por las redes de capital social⁹.

Esta cultura “californiana” fundada en la teatralización de la existencia, la buena voluntad cultural y el cultivo obsesivo del cuerpo encuentra un sustento científico en la progresiva estigmatización médica del “sobrepeso” y en la creciente alerta por la “extensión” de la obesidad entre las clases populares¹⁰. Medida la obesidad y el sobrepeso con instrumentos analíticos que arrojan cifras pandémicas¹¹, pero cuya calidad científica es crecientemente discutida¹², uno de los efectos fundamentales de

⁸ La ruptura de la distancia social y de las jerarquías en el nuevo capitalismo participativo, con la consiguiente multiplicación de escenas sociales interclasistas, sólo puede evitar la promiscuidad subjetiva y la pérdida de jerarquías objetivas, a través de la intensificación del trabajo corporal distintivo. En los momentos previos a la revolución francesa, los aristócratas produjeron la “ciencia” de la fisonomía, inerte para producir cualquier demarcación epistemológica, pero tremendamente útil para descifrar los rostros de las clases populares, a través de una catalogación de los signos despreciados de la *hexis* corporal de la nueva concurrencia. La obsesión por los cuerpos legítimos –una manera de contener la “belleza fatal” que, como señalaba Bourdieu, amenaza el orden establecido- se extendió entre los dominantes, en un entorno en que el control de las asignaciones públicas dejó de ser evidente. Un interesante programa de trabajo se podría formular sobre la relación entre la intensificación del cuidado corporal y desinhibición de las barreras sociales de clase. Véase sobre las cuitas corporales de la aristocracia en la Francia prerrevolucionaria F. Matonti, *Hérault de Séchelles ou les infortunes de la beauté*, op. cit., pp. 38-53.

⁹ Véase L. Boltanski, E. Chiapello, *Le nouvel esprit du capitalisme*, Paris, Gallimard, 1999, pp. 165-166, 172.

¹⁰ Sobre los efectos propiamente políticos y desmovilizadores del desprecio por la *hexis* tradicional proletaria véase G. Balazs, J.-P. Faguer, “Une nouvelle forme de management, l’évaluation”, *Actes de la recherche en sciences sociales*, n° 114, 1996, pp. 68-78 y sobre todo S. Beaud, M. Pialoux, *Retour sur la condition ouvrière. Enquête aux usines Peugeot de Sochaux-Montbéliard*, Paris, Fayard, 1999, pp. 280, 296, 302, 327, 338, 362.

¹¹ Un estudio de la Consejería de Salud de la Junta de Andalucía señala que el ¡39%! de los andaluces padece de sobrepeso y que el ¡21,6%! de obesidad. *Plan para la promoción de la actividad física y la alimentación equilibrada, 2004-2008*, Consejería de Salud Junta de Andalucía, p. 35.

¹² La relación entre la obesidad y la morbilidad está plagada de factores cuyo efecto no está bien delimitado. No se sabe si las enfermedades son resultado del tabaquismo, el alcoholismo, la sedentariedad o la precariedad socioeconómica. La relación de la pérdida de peso con la disminución de la mortalidad no está bien establecida. Por lo demás, las dietas tienen éxitos muy relativos a corto plazo y escasísimos a largo plazo. Como intentamos mostrar en este trabajo, la cuestión de la alimentación no reposa únicamente sobre la voluntad de los individuos ni sobre sus “buenas” o “malas” costumbres. Para una revisión sociológica de la cuestión de la obesidad véase J.-P. Poulain, *Sociologies de l’alimentation*, Paris, PUF, 2002, pp. 122-128.

tales campañas es la descalificación de modelos corporales de curso cotidiano entre las clases populares¹³.

Frente a esta descalificación de los modelos corporales populares, dos líneas de defensa se perciben en los grupos de discusión analizados. En primer lugar, la figura del gordo continua persistiendo como una figura fuera de la norma sin asediarla como patológica. En segundo lugar, una cierta desconfianza de las recomendaciones dietéticas. Ambas consideraciones permanecen imbricadas. Aunque son de naturaleza diferente, la una y la otra se reclaman mutuamente.

El asunto de las dietas y de los productos de adelgazamiento tiene dificultades para ser constituido como problema de discusión en el grupo de agricultores de Pegalajar. Sólo JM, el más joven del grupo, identifica lo *ligh* con productos que no engordan, sin estar muy seguro de su significado –introduce un explícito “me imagino yo”-. Rápidamente pasa a los productos que él conoce en los que se utiliza lo *ligh*: los cigarrillos. Los cigarrillos *ligh* son cigarrillos manipulados a los que se ha añadido cloro o amoníaco y por tanto son peores que los cigarrillos normales –de la misma manera, como mostramos en la primera parte del apartado sobre hombres, que el aceite refinado es peor que el aceite puro que es un aceite virgen¹⁴.

Los productos *ligh* son recuperados cuando el preceptor los relaciona directamente con productos para adelgazar. Una sola intervención de F sirve para remarcar el fraude que subyace a los mismos. Las personas que adelgazan en los anuncios son ya delgadas de por sí, no necesitaban entonces productos *ligh*. La apariencia morfológica que muestran las modelos no resulta por tanto de los productos *ligh* sino de su constitución personal¹⁵. Por lo demás, el grupo no concede un lugar degradado a los sujetos que representan un modo de vida antagónico con los productos *ligh*: una sucesión de chistes que otorgan a los gordos un lugar a medias risible y a medias admirable así lo prueba. Los gordos son gente que sabe comer bien, que come mucho y que come con ganas: debido a ello, lo que comen los alimenta... Por lo demás,

¹³ La hipótesis de Bourdieu en *La distinción* (op. cit., p. 152) consistía en considerar la nueva vulgata higienista en torno al cuerpo como una extensión de la *hexis* corporal dominante bajo la cobertura del discurso científico. En ese trabajo jugaba un papel de primer orden –nada menos, según Bourdieu, que de vanguardia ética de la clase dominante- la nueva pequeña burguesía ligada a la venta de servicios –trabajadores sociales, nutricionistas, etc.-. Una antropóloga que trabaja como enfermera contaba a uno de los redactores de estas páginas que el médico responsable en su hospital de la gestión de la obesidad –al que ella no dudaba en calificar de un “anoréxico obsesionado por la línea- solía ponerse como modelo de autocontrol a la población atendida en el servicio –fundamentalmente mujeres de medios rurales humildes-.

¹⁴ “JM: Eso es que es que todo lo *light* es..., por ejemplo que el que está gordo que no va a engordar... me imagino yo... to lo *ligh*... yo por ejemplo lo asimilo... te fumas un cigarro *light* y te hace menos daño, yo por lo menos lo asimilo así, pero ahora han averiguao que no es así, dicen que es igual que un cigarro normal, porque tiene cloro, o amoníaco, lo *light* creo que lleva amoníaco y eso no es bueno pa.... Me imagino, por ejemplo, que será too así” (Pegalajar, grupo de pequeños agricultores).

¹⁵ “F: Eso es propaganda igual que lo demás. ¿Usted ha visto en televisión alguna modelo que tenga 120Kg? por ejemplo, es un decir. No una modelo, sino de las que van a curarse pa la dieta, ni una, sale una niña como el deo con uno setenta de altura... pero hombre, pero esas... ¿por qué no ponéis o no ponen una como la Pepa de Simón, una de esas así?, y la veo yo ponerse como el deo. Ahora ya si creo yo en eso. Pero si traes a una como un junco pues como un junco está siempre.

A: Allí en Jaén había un hombre que estaba gordo...

F: (Cortando a A) Y gordo se tenía que haber muerto... si estaba gordo...” (Pegalajar, grupo de pequeños agricultores).

son individuos resistentes a las dietas y a las prescripciones médicas: su naturaleza lo impide. De nuevo, la lógica del cuerpo se rebela ante la voluntad manipuladora de los sujetos. El chiste y los cuatro casos que se cuentan son significativos. En el chiste, contado por A, se recomendaba al gordo ejercicio físico: el ejercicio físico lo acabó haciendo la burra del gordo quien, con el gordo en sus lomos, fue la que adelgazó. En el primer caso que se cuenta, se le recomendaba una dieta de verduras: el gordo comía las verduras pero su naturaleza le exigía más y la madre –muy poco vigilante de los preceptos dietéticos- añadía un potaje a las verduras. En el segundo caso, el cuñado de M realiza paseos en bicicleta: estos paseos los acompañaba de notables repuestos alimenticios. En el tercer caso, el del hermano del hijo de JM se narran las hazañas de su hambre canina con cariño y simpatía. En el cuarto caso, se cuenta la historia del hijo de Angelita: tiene mucha hambre, engaña a tíos y abuelos para comer más y lo que es más importante: cuando pide comida nadie se la niega.

La cuestión estriba en que el gordo no es un individuo que está enfermo sino un individuo que tiene hambre y que tiene una textura especial, fuera de lo común, extraordinaria – su gordura es cuestión de “metabolismo”, “tiene unas costillas como la viga de ahí”, dice alguien en un momento-. Estamos así en un medio donde la gordura no ha sido, pese a la presencia del discurso médico y nutricionista, constituida como enfermedad. El hambre está en la naturaleza del gordo y el gordo no puede hacer nada contra ella: la medicina y el cuidado de sí exigido por las dietas es impotente ante la naturaleza del gordo. Porque para adelgazar lo único que se puede hacer es comer menos –o tener una naturaleza que permita comer mucho sin engordar- y el gordo no puede dejar de hacerlo. Su disposición hacia la comida ya le engorda¹⁶.

¹⁶ “A: [Continúa el chiste que dejó a medias] Y le dijeron al gordo tú subes tos los días al castillo dos veces.

R: ¡Pero sin comer!

A: Tos los días subía el hombre al castillo. Y al mes o a los dos meses fue y le dijo el médico: pero si está usted igual de gordo. Si yo estoy igual pero la burra se ha quedao tiesa...

-Risas.

M: Eso es verdad, eso le pasó a uno del pueblo que voy a contar. Lo llevó la madre al médico porque estaba muy gordo y el médico dijo, ‘bueno’, le puso una dieta, a base de verduras y eso, y cuando fue al tiempo que le dijo el médico que volviera, en vez de adelgazar había hecho diez kilos más y cada vez más gordo, ‘¿pero cómo puede ser?’, ‘¿y usted qué come?’, ‘mire me he tenío que comer la verdura, pero es que a mí la verdura sola no me gusta y me la pongo con un par de huevos fritos’, pero es que luego se queda con hambre y luego le pongo el potaje después.

-Risas.

JM: Pues, tú verás que dieta.

-Risas.

M: Le pasa como a este de la burra.

R: La burra me la he cargao.

R: Le pasa como a mi cuñado Antonio, el de la carpintería. Le pone la madre el desayuno...

lleva algo de bicicleta, pero luego se come un bollicao de esos que se comen y cuando lleva dos minutos –risas- y ale a ... yo siempre que lo veo está jalando y le digo: ¿ya estás repostando? Y la madre se cree que está a dieta y no veas cuando pillu un cuarto de lomo... se come dos o tres

-Risas.

M: Pues mi primo –JM- se tiene que poner a dieta...

JM: Yo no tengo problemas de dieta.

- Esa es la mejor dieta que tienes que no come tanto.

M: Fíjate su hermano como sí está... Es que su hermano toos los días está...

JM: Él come más que yo.

EC introduce la cuestión de la gordura y su relación con la salud en el grupo de trabajadores de Granada. EC es el individuo más grueso del grupo y en un momento de la conversación asegura haber padecido bulimia. Por lo que señala, el diagnóstico de bulimia fue el resultado de la interpretación médica de un momento vital –que EC vivió con angustia- en que comía sin control –el preceptor no sacó la impresión de que las ingestas fueran acompañadas de vómitos-. JT no reacciona tematizando las ingestas excesivas sino señalando que éstas deben ir acompañadas de un ejercicio proporcional. Como respuesta a la sorpresa de JT (“¿Cómo te pudo pasar eso, macho?”), EC sitúa la génesis de su trastorno en un problema laboral. AJ resume el acontecimiento con estoicismo: estamos sometidos a fuerzas que no controlamos, podemos desfallecer

M: Cuando nos íbamos a comer al campo, a hacer las tostás y to eso, su hermano a dos manos y este [JM] cogía un poquillo...

F: Yo te digo de uno que lo he visto yo comer y no está tan gordo.

M: Yo sé también de algunos, pero que normalmente quien está gordo...

F: No, pues ese que yo te digo lo he visto yo comer más de una vez y más de dos y...

M: Sí, si igual lo he visto yo también comer.

-Joer, unas fuentes así...¿ y tú conoces a Quesada Garrido?

M: Sí, y mi hermana Amparo come más que yo (nota: su hermana es delgada). El hermano de este es que come mucho y él es como mi hermano Agustín que es más delicadillo y coge las cosas.... y come menos.

F: Es que hay quien tiene el metabolismo más de otra manera.

M: Y pepe, que es que está comiendo y yo le digo ¡pepe, te está engordando! Y está viendo la comida y... y que está viendo la comida y ya está engordando, la está viendo allí y antes de empezar a comer está diciendo ‘qué buena está, qué rico...’.

- Con eso ya se siente...

M: Con eso ya engorda...

- Si tú te comes una cosa que ná más que verla le estás haciendo ascos es que ya aunque te la comas no te alimenta.

F: No te satisface.

-Pero como tú veas eso, ‘ay, qué rico está’, sin comer ya estás engordando y es que como le gusta too.

-Yo tengo un nieto que está gordejo ahora, antes no ha estao nunca gordo, y ese viene de la escuela, dice ‘¿qué vamos a comer?’, ‘cocido’, ‘no lo quiero’... que no come, le tienen que dar otra cosa. ‘¿qué vamos a comer?’, ‘arroz’, ‘yo no quiero’... too lo que pongan no quiere ná, el bollo, le digo yo a la madre ‘déjalo’, ‘no vaya a morirse de hambre’, ‘que no se muere de hambre’, habiendo comida no se muere nadie, pero claro....

M: Que yo te digo que hay críos que no. Yo, mi hermano, mi hermano se moría y no comía, pero es que a mi hermano no le he visto yo nunca llegar a mi casa y pedirle comer...

-El de mi Angelita, ese no dice nunca ná, ese llega y el plato que haya, cuando iba a mi casa e iba cenao, cenaba dos veces... llegaba diciendo que no había comío. ‘Abuelos, que yo tengo que comer’. Y qué vas a hacer si decía ‘que yo no he comío’.

M: Si ese llegaba a mi casa y decía que no había comío y llegaba a mi casa y decía que yo no he comío ni ca el tito ni ca los abuelos y tenían que darle de comer...

ángel: y claro, si a tu madre le dices que yo no he comío...

JM: Le pones de comer.

- Pues le pones de comer. Y como se lo come. Es verdad eso, es que el crío tiene ganas de comer a toas las horas del mundo y así está el macho ... tiene unas costillas como la viha de ahí

- Yo tengo uno con catorce años y ese lo echo yo a pelear con cualquiera pa comer. Pero que no sean cosas bónicas, ese lo que le pongas... la cuchara

M: No, este no, ese no le hace asco a ná, lo que le pongas.

- Lo que hay que comer es el potaje, lo que sea cuchara, el cocido.... lo que sea pero que haya ahí pa llenar y fuera de vainá” (Pegalajar, grupo de pequeños agricultores).

enseguida –e hilando con la discusión acerca del control de la dieta de la progeñie-, justifica sus concesiones a los hijos cuando le exigen dulces infantiles¹⁷.

La posibilidad de enfermar por comer de manera intensa no convierte a los gordos en enfermos –frente a las que no les dan pecho a sus hijos por estética, que sí lo son-. Aunque el caso de EC indica una medicalización de un exceso alimenticio –en el sentido de que se lee como signo clínico de un trastorno alimentario- nada en su discurso patologiza la gordura –él, por el demás, está grueso-. Seguidamente a sus cuitas alimenticias, EC introduce el caso –que ya referimos en la primera parte del informe sobre hombres- del amigo cuya sola presencia ponía en un brete las existencias de los restaurantes chinos. Con 112 kilos y una gran estatura, el amigo de EC tiene “sobrepeso” y algunos problemas óseos sin que su salud de conjunto se resienta. El gordo, en términos de JT, puede morirse, pero lo hace disfrutando...¹⁸ Individuo peculiar, el gordo no resulta ciertamente digno de imitación, pero sí merece la curiosidad llena de ironía y de cierta admiración que despierta quien se sale de lo común.

Resulta absolutamente previsible, que esta relativa independencia de los mercados corporales tensos, se pierda cuando nos dirigimos analíticamente hacia los participantes que están en otro momento del ciclo de vida. JA, del grupo de Calañas,

¹⁷ “EC: Yo he pasado por fases de bulimia.

JT: Eso son yo creo que la alimentación está...

AC: Descontrolada.

EC: Yo hago buena alimentación, mi alimentación era buena.

JT: Una buena alimentación entonces... Lo que pasa es que con lo que come hay que saberlo echar luego. El problema es que lo dejamos dentro, dentro, y como no lo quemamos, pues de ahí vienen los problemas. ¿Cómo te pudo pasar eso macho?

EC: No, yo pasé por una fase de ésas... Estuve tres o cuatro meses.

JT: ¡Hombre!, a lo mejor puede ser por una incapacidad de alguna circunstancia.

EC: Pero claro, influyó una circunstancia específica.

JT: Exactamente, hay circunstancias que...

EC: Había perdido un puesto de trabajo después de muchos años.

JT: Entonces te encierras en otras cosas y...

EC: Y me dio por comer y venga comer y venga comer.

JT: Hay quien se quita del tabaco y se pone a...

AJ: ¿No le vamos a dar al final el “Bollycao” al niño? ¿No le vamos a dar “Coca-Cola”? Si sabes que un problemilla te lleva al barranco..., pues toma la “Coca-Cola” y aguantamos todos.

-Risas.” (Granada, grupo de trabajadores).

¹⁸ “EC: Sin embargo tengo un amigo que pesa 112 kilos...

-Exclamaciones.

EC: Mide dos, mide dos, dos uno. Ese, lo que le echen, ése...

JT: Eso ya le han...

EC: Le gusta mucho la comida china.

JT: Eso ya le han... Eso es porque ha dicho: “yo como; si sé que me voy a morir de esto, pero yo me hartó”.

EC: No, no, el caso es que está muy saludable.

JT: Eso ya es mentalmente.

EC: Tiene mucha salud, o sea... ¿Comprendes? No tiene ni colesterol, ni tiene azúcar, ni tiene...; tiene sobrepeso. Le va a influir más en...

JT: En los huesos.

EC: Está muy bien. Pero que se mete en un chino y dice: “el chino se echa a temblar” (Granada, grupo de trabajadores).

está cuidándose y no puede evitar pasar hambre. La posibilidad de la dieta, en un grupo de hombres, no se tematiza según consideraciones de belleza –a pesar de que JA no arguye otras para justificar sus restricciones alimenticias-. El asunto no da para excesivo desarrollo –un índice de que la censura al respecto es alta-, pero cuatro ideas se invocan: un régimen no es sano (C), y es absurdo iniciarlo por un problema de algunos kilos de más (MA), el sistema de gustos determina la alimentación (Al) y no hay nada más legítimo para adelgazar que el esfuerzo corporal a través del deporte (en el caso, el fútbol) –que parece configurarse, según se muestra en el apartado dedicado a jóvenes, como la forma masculina de controlar la corpulencia frente a la restricción alimenticia femenina-¹⁹:

“C: Pero es lo mismo, es un régimen, una dieta por enfermedad. No porque esté un tío sano como una pera y tenga a lo mejor cinco kilos de más como estoy yo, ea pues a hacer dieta, y si no pierdo los cinco kilos en un mes, otro régimen.

Al: Pero eso no es normal, no, lo que dice él, un crío que la madre, que la madre le da de comer a todas horas, pum, pum, pum y lo engorda, y ahora después que lo engorda lo quiere adelgazar.

MA: Claro como los cochinos de engorde, si tú le echas en vez de un cubo, dos, porque hinchao está, y más y aunque se coma el cubo y más, pues tu prima está igual, escuchas tú a a tu tía, a tu tío, y abres el frigorífico (risas), cuando viene así, no le metas más comida ya, hombre, ya está bien coño.

JA: Y la que come poco y le afecta como a otro cualquiera

Al: ¿Tú te acuerdas del Papi? El Papi íbamos nosotros al (...) Antonio y era y lo mismo, era eso, y se comía, íbamos a un bar y se comía su plato, el de al lao, el de al lao y el de la mesa de al lao, y era así, que es que le costaba trabajo andar.

MA: Luego que comas lo que come ese y no engorda, yo que sé

Al: Yo como poquísimo y a lo mejor

JA: Hay gente que no le engorda, y hay gente que sí. Vamos el que no le haga falta, la mejor dieta es el ejercicio y eso es así

-Claro que sí, tío

¹⁹ “JA: Claro, como no estoy pasando yo hambre ahora.

Al: ¿Estás a régimen o qué?

JA: No estoy a régimen, pero me estoy cuidando un poquillo más (...).

C: Yo que sé, ya eso es que ya eso es una bobería la alimentación sana y...

-Yo creo que aquí, yo creo que es difícil.

JA: Yo creo que aquí se come a lo deprisa.

Al: Pero eso está en el gusto de cada persona (pausa), (también), porque yo por ejemplo en mi casa hacen un régimen y yo como muchas veces lo que comen, lo que comen en mi casa, a mí ensalá y a mí me gusta y yo llevo a mi casa y como ensalá y prefiero comerme una ensalada antes que comerme otra cosa.

MA: Pero que es difícil comer sano ¿no? comer sano

Al: Hombre, comer sano...

-Estamos todo el día comiendo porquerías

Al: Carne, pescao, ensalada, sano ¿no?; y que ¿tú no comes nada al cabo del día que no sea ensalada, pan, leche?

¿Hombre en tu casa no llegan bolsas de cosas preparadas?” (Calañas, grupo de jóvenes trabajadores)

-Eso es así.

JA: El que esté toda la vida jugando al fútbol no está gordo.

MA: Yo tengo cinco o seis kilos de más, ¿no?, yo no me voy a quitar de comer, y yo si me pongo a correr todos los días y a hacer (...) todos los días pierdo los cinco kilos, yo lo sé. Ahora yo no me tengo que quitar de mi comida (...) Eh, ni me quito, ni me voy a quitar.

Al: El que juega a la pelota, de régimen ninguno ¿no?

JA: Si no le hace falta, si haciendo ejercicio.

MA: Tú comprendes que si este está que si come esto, que si come lo otro, con las pechás de correr que se pega él, porque coma ahora cuando llegue a su casa después de correr cualquier hamburguesa, cualquier porquería, ¿le va a engordar? Si se lleva cuatro horas corriendo ahí lo que sea, así lo pierde, tío; y tú, un montón de dieta: ¡no hagas la dieta!

JA: Si no hago dieta; yo me estoy controlando la comida, simplemente.

MA: Nada, a espuerta” (Calañas, grupo de jóvenes trabajadores).

De este modo, una cierta muralla defensiva –más agresiva²⁰ cuanto más potentes son las fuerzas que la socavan- continua protegiendo la dignidad de los modelos corporales, desviantes de la norma estética legítima pero corrientes en ciertas áreas sociales obreras y rurales, de la embestida de los modelos corporales dominantes²¹. Las condiciones, como hemos visto, son dos: la concesión de un cierto lugar no patológico a la gordura –y al sobrepeso- y la desconfianza respecto a los médicos y las dietas.

Esta desconfianza respecto de los médicos y las dietas no contiene la misma tonalidad en los tres grupos estudiados. En el primer grupo, la dieta es imposible; en el último la dieta es indeseable. La imposibilidad de la dieta era evidente y no merecía más confirmación que la de la evidencia que se celebra mediante bromas. La indeseabilidad de la dieta en el grupo de jóvenes de Calañas requería una recurrente definición de sus males –en un entorno en que el control (que no la “dieta”) había sido iniciado por uno de sus miembros- lo que transparenta que los perjuicios de la dieta no caían por su propio peso.

La tensión de este esfuerzo por sacar la dieta de los posibles legítimos se observa en la sensibilidad con que se reacciona a los esfuerzos por disfrazar discursivamente la

²⁰ Véase un ejemplo :

“JF: Los médicos pueden aconsejarte una dieta durante un mes.

MA: Claro, tío; no un año. Yo creo que hacer una dieta así a largo tiempo es malísimo

-Cortarte la sal (...) y el azúcar

-¿Y si los médicos te quieren engañar? ¿qué pasa?; dicen, come esto y dices tú...

MA: ¿Con los médicos..., los médicos?, y hablando de tu tema, los médicos ¿te vas a fiar tú de los médicos también?

C: Cada uno come lo que quiere lo que le apetece

MA: Ya está, eso es así, eso es lo más sano que puede haber en el mundo. Yo estoy aquí ahora mismo y estoy y un bocadillo de esto y me lo como y a tomar por culo” (Calañas, grupo de jóvenes trabajadores).

²¹ *“AJ : La mejor dieta es la dieta del pomelo.*

AC: ¿Qué dieta es esa?

AJ: ¿Quieres un plato puchero? Pómelo. ¿Quieres papas fritas? Pómelo.

-Risas.

AJ: Pómelo.

JT: Claro, la dieta del pomelo” (Granada, grupo de trabajadores).

restricción alimenticia. C defiende la restricción alimenticia a través del recurso a la comida que sobra. Para ello, ataca un presupuesto central de la cultura obrera: el almuerzo de media mañana. Con este recurso argumentativo, la restricción no aparece como tal y se la libera de sus significación privatista. Por el contrario, con ese registro la restricción deriva de una moralidad contra el dispendio sin sentido: comer mucho significa engullir comida que no es necesaria para el funciones corporales necesarias o ceder a vínculos afectivos no racionalizados – se come por que alguien se ha tomado el trabajo de preparar la comida de uno-. Al no se deja sorprender por el ardid y vuelve al lenguaje del cuerpo: ese discurso económico supone la habituación y el sacrificio y, por ello, pasar hambre sin necesidad. Dado que de ese modo se pone en riesgo el cuerpo, éste no tardará en revelarse, bien mediante el hambre –posibilidad a la que alude Al-, bien mediante la debilidad –ocasionando de este modo la temida muerte social por desclasamiento que aguarda a todo trabajador debilitado-. La reacción de C es significativa de las pocas posibilidades de desarrollo discursivo que tiene su propuesta: si él se contiene entre comidas es para ingerir con mayor placer, esto es, para disfrutar de los placeres terrenales y no para la realización práctica de ningún emblema de delgadez corporal²².

²² “C: La comida de, del desayuno a la comida del mediodía, todo lo que te comas entre medio te sobra todo, ahora que tú te lo quieres comer, porque eso, pues cómetelo, ahora esa comida sobra. Ponte tú que desayunas bien, y después al mediodía comes bien y después comes bien por la noche, y la merienda por la tarde. Yo que sé, yo cuando chico te tomabas un bocadillo pero yo no me como ahora un bocadillo por la tarde.

Al: Pues por qué no te lo comes si te da la gana, tú estás aquí a las siete de la tarde, hoy no te da hambre, pero mañana dices, ostia qué hambre tengo y te vas a tu casa y te comes

MA: Yo no me como un bocadillo, tío.

Al: Pues yo tengo hambre y digo aguanto hoy, pero a lo mejor a las siete de la tarde me voy a mi casa y me como un bocadillo.

MA: Pues yo eso de irme a mi casa y hacerme un bocadillo, yo en mi casa no compra mi madre cosas de hacer bocadillo, yo que sé hace ya tiempo, no hacemos bocadillos, tío, ni yo ni nadie.

JF: Coño, pero no tiene por qué ser un bocadillo ¿no?

C: Yo cuando me siento a comer, porque yo disfruto comiendo, tío, a mí me encanta comer, pero yo cuando me siento a comer es para comer, no para coger y comer nada, para eso no como, para eso.

Al: Esperas.

MA: Es que si tú no comes el bocadillo que dice ésta a las once de la mañana, cuando tú te sientas al mediodía a las dos o a las tres en tu casa disfrutas comiendo, tío, te sientas y pum, y disfrutas comiendo, y éste ¿cómo que no?

-A las once o a las doce de la mañana es cuando más hambre hago en todo el día, eh.

-Si el cuerpo se levanta a las siete de la mañana.

JA: Pero es lo que tú has dicho antes, si el cuerpo te está pidiendo un bocadillo.

MA: Pero que, que sí que te lo comas, pero que esa comida te estoy diciendo que sobra.

-¿Qué sobra? A mí se me apetece y me lo como y punto.

C: Pues yo he estado trabajando por ahí, en el campo, donde sea, y no he comido bocadillo, ahora estoy a lo mejor y la mujer te pone las cosilla de papas o lo que sea y te lo tienes que comer porque no lo vas a tirar, no, y te lo comes por compromiso como quien dice,

AL: Sí, tú comes por compromiso [con ironía].

MA: Que yo no como bocadillo, Al, que yo no estoy acostumbrada a bocadillo, tío, qué quieres que te diga. Yo entro a trabajar a las siete y a las tres suelto y ya está, y llego a mi casa a las tres y como y a tomar por culo. Ahora te pegas un atracón a las once y a las tres no tienes hambre tú ni de coña, eh, y mí me gusta comer al mediodía mi comida caliente o lo que haya con más gana que un bocadillo a las once de la mañana que te quita el hambre del mediodía.

Como en el caso de las dietas, los productos *ligh* reciben la descalificación colectiva del grupo. Aunque la asimilación de lo *ligh* al engaño sea similar, la modulación del rechazo es notablemente distinta a la que organizaba el discurso de los campesinos de Pegalajar. En primer lugar, como resultaba previsible, los productos *ligh* son conocidos. En segundo lugar, los productos *ligh* son descalificados a partir de una utilización de los mismos tan informativa o más de la cultura somática de los presuntos utilizadores que del carácter fraudulento de tales productos²³ - concebidos por lo demás, como dice MA, para individuos que han interiorizado la degradación de su forma corporal: los “gordos esos que se ven gordos”-. La Coca-Cola *ligh* al limón o el uso de la Coca-Cola *ligh* en los cubalibres puede hacer más daño que la normal –pero no se trata de productos concebidos para mejorar la salud-, la ingestión de una caja de chokolatinas *ligh* puede engordar –cuando tales formas masivas de consumo difícilmente pueden acompañar la pérdida de peso-... Juzgados como una especie de “alimentos remedio”, cuyo consumo eliminaría los kilos de más, los alimentos *ligh* son estimados a partir de formas de consumo ausentes de cualquier restricción ascética. Como puede comprobarse, detrás del rechazo a los productos para adelgazar subsiste la defensa de una manera de abordar la comida en la que la restricción con motivaciones estéticas no encuentra lugar²⁴.

AL: *Pues yo no soy capaz, yo no soy capaz de aguantar, es que estoy malo, es que yo, pasar hambre de once a dos, yo es que estoy, me entra un (...)*

-*Porque te has acostumbrao*

-*¿Tú comes bocadillo a las once?*

JF: *Yo, yo no, a veces, cuando se me antoja.*

MA: *Si es (...) yo estaba trabajando con mucha gente, y llegaba las diez de la mañana, y había por lo menos diez o doce trabajando y se comían el bocadillo cuatro tíos. Se echaba el rato todo el mundo, la media hora, pero comían tres o cuatro nada más. Hay quien no está acostumbrado a comer a esa hora.*

-*Pues yo si como.*

-*Cuando estaba en los albañiles, sí.*

Al: *Mi hermano se levanta a las ocho de la mañana, se come una tostada, un vaso de leche y no come más hasta las tres*

MA: *Pero que muchísima gente, eh” (Calañas, jóvenes trabajadores).*

²³ Recordemos como en el grupo de estudiantes universitarios de Granada, A ridiculizaba a las personas que combinaban la Coca-Cola *Ligh* con “un tapón de callos”.

²⁴ C: *Eso es para engañar a la gente. Eso es para engañar. Eso es para, para, lo venden para los colgaos de la...*

Al: *Eso es como las Coca-Cola light, pues ya han sacao Coca-cola light al limón.*

C: *Lo mismo; eso para engañar, más o menos, hace lo mismo daño.*

-*Claro, para vender a los que tienen, por ejemplo, lo mío.*

JA: *El azúcar que tenga la...*

C: *Tú compras una caja de chokolatinas light de esas...*

MA: *Todo lo light para el que tenga algo de lo mío, dentro de que no engorde y eso para eso, para hacer el negocio con ellos. ¿Como pueden hacer negocio con las personas así?. Chocolate light, o lo otro light, ¿eso de light que es?, un chocolate light.*

C: *Te comes una caja y te crees que no engorda y a lo mejor engorda más que...*

MA: *Eso es para los que tienen la cabeza comida y ya está, y ven en ellos un negocio.*

JF: *Para vender, para vender...*

Al *Las barritas energéticas esas, el apiserum, todo eso.*

MA: *Claro que sí, ven en ello un negocio, en las personas así, lo lanzan y ya está, y eso es así.*

JA: *Eso es un dineral que no veas, eso es más caro que...*

La resistencia a configurar el cuerpo como escenario de un trabajo de perfeccionamiento individual –incluso, como se ha mostrado, cuando las dietas son recomendadas por los médicos- podría relacionarse con la desconfianza de las clases populares respecto a los juegos de sociedad. En estos, se propone un objetivo común para todos los individuos sin proporcionar las condiciones sociales que vuelven posible la consecución de tal objetivo: la ironía respecto a los juegos de sociedad procede de la creencia –que la experiencia ayuda a confirmar- en que en estos los dados están trucados. Frente a los juegos de azar²⁵, en los que los jugadores parten de una igualdad absoluta –por ende, el perdedor no es esencialmente inferior- y donde la superioridad no está arteramente inscrita en las condiciones de partida, los juegos sociales, como el de la dieta, exigen recursos –la voluntad- cuya movilización implica de hecho otros recursos escondidos –el tiempo, un sistema de gustos organizado a propósito y lo que es más importante: no comprometer al cuerpo en un trabajo físico, cuyo desgaste deja pocas posibilidades para la dieta²⁶-. Dado que la *creencia* en los juegos de sociedad es una de las condiciones de acceso al éxito en los mismos, el escepticismo incita a la autodescalificación y con ello al encierro en las prácticas socialmente degradadas. Sería erróneo por ello deducir de tal actitud crítica con las dietas una especie de sabiduría resistente colectiva de las clases populares respecto a los juegos de distinción: el escepticismo compone tanto la lucidez sociológica respecto a la estafa inscrita en interpelaciones sociales dominantes como la resignación a la propia condición y la autoeliminación de los proyectos de superación de la misma. Los instrumentos de defensa de los más desposeídos son a la vez instrumentos de autorelegación²⁷.

MA: *Sacan partido a todo, ya sea para la gente así que para nosotros, para lo que sea ¿no?, para los gordos esos que se ven gordos, pues light, pues lo otro, porque va al mercao y triunfan.*

Al: *Porque salen los cubatas con cocacola light.*

JA: *Ese es el timo más grande que hay*

-Como comerse un (...) (risa)

Al: *Whisky y Coca-Cola light*

JF: *Ya mismo morcón light*

-Morcón light

-Y jamón ibérico light

-Y jamón ibérico light, a tomar por culo

-Anda a chuparla (Calañas, jóvenes trabajadores)”

²⁵ Véase F. Weber, *Le travail à-côté. Étude d'ethnographie ouvrière*, Paris, INRA-EHESS, pp. 196-197.

²⁶ En el grupo de jóvenes universitarios, esta cuestión subyacía a la crítica del parasitismo social subyacente a la posibilidad de dejar de comer.

²⁷ Esta autoexclusión de la competición se denota perfectamente en los momentos en que las dietas dejan de ser caracterizadas como timos o exigencias imposibles y comienzan a presentarse como bienes legítimos imposibles de alcanzar. En tanto exigen transformaciones del sistema de gustos y de los hábitos alimenticios, las dietas conllevan transformaciones personales de entidad: en los alimentos consumidos, en el ritmo con el que se consumen, en el modo de preparar los alimentos, en los tiempos dedicados al descanso y a la actividad –por ejemplo, cuando la dieta se acompaña de ejercicio físico–... Auténtica transformación de la existencia, la dieta se percibe como un ideal en cuya consecución habría que comprometer recursos de los que no se dispone. Véase una muestra:

“C: *Pues sí, hombre... Pues yo he intentado hacer dieta y yo no soy capaz.*

MA: *Yo tampoco. A mí me gusta mucho comer. No, yo no he engordao más pero...si me pongo a dieta engordo más.*

-Yo no.

-La cuestión es...

3. UNA DISYUNCIÓN ENTRE LOS MERCADOS CORPORALES MASCULINOS Y FEMENINOS

Se ha mostrado cómo la distensión corporal masculina era el resultado de un trabajo de control mutuo por parte de los hombres²⁸. Ese trabajo que pretendía proteger los entornos cotidianos de la presencia de los modelos corporales dominantes se organizaba a partir de una doble crítica de los preceptos dietéticos y sanitarios. Tales preceptos eran susceptibles de funcionar como cobertura de prácticas de estetización corporal bajo pretextos de salud. Una concepción de la salud como “silencio del cuerpo” –frente al cuerpo “charlatán” de las clases medias y superiores- servía de soporte profundo a semejante trabajo de conjura de la estilización corporal masculina.

Este esfuerzo por conjurar los modelos corporales legítimos no sería viable si tales prototipos fueran introducidos en los contextos cotidianos por agentes fundamentales en la imagen de sí mismos de las personas que participaron en los grupos de discusión. En ese sentido, puede vislumbrarse en dos de los grupos –el de trabajadores de Granada y el de jóvenes de Calañas- un mercado corporal generizado: muy tenso para las mujeres y relativamente distendido para los hombres. Una primera lectura –que podría concordar con el supuesto de “una ley de hierro de la dominación masculina” que se ejercería en todas las clases sociales o sobre todo en las clases populares- de esta asimetría sería que son los hombres y no las mujeres quienes tienen el poder de exigir morfologías femeninas estetizadas. Esa dependencia de la mirada masculina convertiría a todas las mujeres en seres mórbidos y propensos a la enfermedad por razones estéticas:

“AJ: Una mujer joven... y obesa.

JT: [Y a lo mejor] está perfecta, lo que pasa es que es lo que se demanda hoy día, por estar bien, por llamar la atención...

AJ: Sí, pero ellas...

JT: Pero es lo que tú dices: “mira aquella qué buena (...)”

AJ: Yo creo que [las mujeres] tienen que ser muy fuertes, por eso (...) muy simpáticas, muy abiertas...

JT: Y eso (...) hasta las propias (...) con su señora cada uno... (...). ¡Hombre, qué buena está aquella; y bueno, aquella no tiene...! ¡Sí, aquella está más delgada, aquella está más...! ¡Joder tú!

AJ: Pues ya las tienes mirándose al espejo...

JT: Se ponen en el espejo y tal y dicen: “¿ves tú?, me han dicho que tal; ya...” A ver si me entiendes, que cada persona, sobre todo las mujeres tienen su anorexia mentalmente para ellas porque la misma que está delgada dice, cuando una está

Al: El engordar también está en las personas, eso es.

C: Yo no engordo más pero a mí me gusta mucho comer y mucho picotear y eso es

Al: Eso es lo malo, el picoteo.

MA: Pues yo no voy a dejar de comer, yo no voy a pasar hambre.

C: La cuestión es no estar todo el día en el sofá.

JF: Hombre si estás haciendo algo no pasa nada” (Calañas, jóvenes trabajadores).

²⁸ Para los conceptos de mercados tensos y mercados francos –extraídos de Bourdieu- véase el apartado dedicado a jóvenes.

gorda dice: “(...) que estoy yo hoy, mira qué gorda estoy”. (...) mira, si es que no puedes hacer otra cosa, ¿qué quieres que te diga?
-Risas” (Granada, grupo de trabajadores).

Esta situación explicaría, por un lado, la ausencia de diferenciación estética masculina y, por el otro, la introducción de la competencia corporal entre las mujeres. Una oposición notablemente mítica –en la que los hombres y las mujeres se confrontarían como lo homogéneo y lo heterogéneo, lo idéntico a sí mismos y lo continuamente diferente- organiza en un momento del discurso de los jóvenes de Calañas:

“C: Y también la envidia y las cosas, eh, se ven a las tías con un tipazo y dice, ostia, pues yo, pero como no está igual y...”

JF: Yo creo que eso es más envidia que otra cosa.

Al: Y eso pasa más en las tías porque las tías se fijan más, los tíos como normalmente estamos todos cortaos, más o menos todos iguales, unos tienen más barriga, otros tienen más culo, otros tienen más espalda, más o menos estamos todos cortaos, y las tías no, las tías...

MA: O están muy buenas o no valen para nada, ¿no?

C: Las tías se fijan más en el cuerpo que los tíos

-Claro, normal.

-Normal.

Al: Y estamos todos cortaos por la misma tijera” (Calañas, jóvenes trabajadores).

La percepción masculina de la tensión de los mercados corporales femeninos se insinúa en dos afirmaciones. En primer lugar, las mujeres compiten demasiado entre ellas. En segundo lugar, las mujeres están demasiado pendientes de los modelos estéticos dominantes.

Ambas cuestiones se relacionan entre sí y remiten a la visión que los hombres tienen de su control de los criterios de juicio corporal que las mujeres con las que se relacionan utilizan cotidianamente. En ese sentido, el discurso de los hombres oscila entre dos polos. El primero presenta la tensión femenina como el resultado de las sanciones estéticas cotidianas de los hombres²⁹. En ese sentido, confirmaría la dominación simbólica de los hombres participantes en los grupos de discusión respecto de las mujeres que entran en su radio de acción afectivo³⁰. El segundo polo discursivo, lamenta el poder que tienen modelos exógenos al grupo en la producción de la inquietud corporal cotidiana sobre las mujeres con las que se relacionan cotidianamente.

²⁹ -Y toda la culpa esa de las tías, lo tenemos los tíos; los tíos siempre se fijan en las tías que están buenas (Calañas, jóvenes trabajadores).

³⁰ Una segunda versión de esta posición se presenta colocando la génesis de los modelos femeninos en las peticiones de los hombres. Así, si las jóvenes quieren estar delgadas, es en respuesta a las demandas de los jóvenes:

“EC: Pero las chicas de ahora y los chicos de ahora influyen muchísimo también, que eso va cambiando según las modas, según las edades. Ahora se llevan las chicas delgaditas, con poco pecho, con poco tal; entonces...”

JT: Pero eso es así.

EC: Y las niñas, como son lo que demandan los niños...” (Granada, grupo de trabajadores)

Un ejemplo del primer polo discursivo, aparece en la conversación sobre las mujeres que cuidan la turgencia de sus senos hasta el punto de negarse a amamantar a sus hijos. Tales mujeres son definidas como egoístas y, en un primer momento, ajenas a los dominios afectivos de los hombres del grupo. Esa opción requeriría condiciones económicas y apoyo de una instancia de legitimación externa. Esa instancia de legitimación estaría representada por los médicos y por la plétora de productos farmacéuticos destinados a combatir la usura del cuerpo femenino³¹. Por tanto, se trataría de mujeres con las que los hombres del grupo no se relacionan.

Esta primera demarcación de las mujeres -las obsesionadas por la estética son *otras* mujeres, no las *nuestras*- entra rápidamente en crisis. Un mercado femenino relativamente autónomo de las sanciones masculinas instensifica la competencia cotidiana entre las mujeres independientemente de lo que digan los hombres con los que se relacionan³². Y los hombres, de agentes fundamentales de desestabilización corporal de las mujeres, se transforman en instrumentos de control de los excesos estéticos de las mujeres:

AJ: Sí, pero luego salen en la tele esas modelos, en esos anuncios con el pecho y ellas dicen: “¡cucha! que pecho tengo yo por haberle dado...”

JT: Si eso es todo, si eso es todo...

AJ: Lo que quieran ellas.

JT: Claro, por eso te digo, luego ya se descuelgan, luego se tendrán que operar, o es que... Eso son cosas normales de la vida...” (Granada, grupo de trabajadores).

Los mercados estéticos se tensionan por criterios de valor que trascienden la producción de los mismos que realizan los hombres del grupo. Dos itinerarios corporales se perfilan entonces. El de los hombres, resultado de los mecanismos de control de la distinción estética y el de las mujeres, sumiso a las valoraciones que fuentes de valor ajenas al grupo introducen en su morfología corporal. Esos itinerarios toman direcciones opuestas: el masculino coloca a los hombres en posiciones crecientemente inferiorizadas en el mercado sexual, el femenino, por el contrario, mantiene los esfuerzos por seguir cotizando, bien ante la presencia de las competidoras femeninas, bien ante la valoración que cualquier desconocido puede realizar en un bar:

³¹ *“AC: Porque tienen medios...”*

AJ: Farmacias, se sienten garantizadas por médicos de que no están haciendo nada malo...

EC: Sí, pero los pediatras te aconsejan que les des el pecho.

AJ: de que no hay ningún problema...

JT: [Los niños tienen que] comer todos los... o por más tranquilidad para mí porque yo tengo que irme al trabajo. Digo: “bueno, pues dale esto” (...) semana a trabajar (...) las que tengan la facilidad (...) son cuatro meses; cuatro meses puedes dar el pecho al niño. Ahora, si yo lo que quiero es...” (Granada, grupo de trabajadores).

³² *“C: Pero que se fijan más las tías, las mismas tías se fijan en las tías.*

-A lo mejor en los tíos no nos fijamos siquiera.

Al: A las tías le sale, si tiene un culo o tiene muy buen culo o tiene poco culo o tiene mucho culo, o tiene un culo doblao, o tienen muchas tetas o no tienen tetas...

C: Que las tías se cuidan más y quieren estar todas iguales” (Calañas, jóvenes trabajadores).

“JT: Y a nosotros... Mira, que tú estás muy bien como estás y ya está y vamos a conformarnos y ellas no, ellas le dan su vuelta a su pelota y sus cosas y luego tienen menos problemas que nosotros o más problemas y tal, pero yo qué sé (...) más tiempo para ellas. A nosotros no nos da tiempo a preguntarnos (...) encima... Es que no, yo por lo menos...”

AJ: Tendrán más problemas en el sentido de que ven a una... Y dicen: ¡coño!, que no es lo mismo.

JT: Las mujeres son más...

AJ: Siempre hay alguien que quizá en el bar mira así y haga un gesto un poco despectivo: “¡joder, la gorda!”

AC: La mujer se pinta, sale a la calle...

JT: Claro, claro.

AC: Y se tiran, porque tú lo sabes, en el cuarto de baño se tiran para salir a la calle lo que no hay quien las espere y uno, pues...

AJ: Yo creo que se maquillan, se desmaquillan, se maquillan, se desmaquillan. -Y vamos.

EC: Y vamos.

AC: Y vamos. Pero bueno, vámonos, vamos a estar esperando que hay aquí para rato.

EC: Y cuando bajan y (...) ya llevas tú dos o tres cervezas.

-Risas.

AC: Pues por eso a ti te crece la panza y ellas, pues... La estética a ellas, pues (...) o el reflejo de la sociedad en otras mujeres porque quieren atraer o yo qué sé, quieren sentirse bien ellas mismas. Pero claro...

Jt: Hay quien le gusta, hay quien le gusta (...) y hay quien le gusta sentirse ellas.

AC: Igual que a mí me gusta sentirme bien” (Granada, grupo de trabajadores).

Es difícil no leer en estos juicios incoherentes, la percepción por parte de los hombres de una creciente distancia entre los mercados estéticos masculinos y femeninos de clase trabajadora. Este desfase sólo podrá salvarse por medios legítimos a través de la interiorización masculina del azogue estético: seguramente AC no será una excepción y muchos hombres de clase trabajadora empezarán a valorar el cuidado estético bajo la cobertura eufemizadora del “sentirse bien”. La composición de esta inquietud corporal con la cultura somática de los hombres de clase trabajadora –concepción de la enfermedad como excepción socavadora de la normalidad, asimilación del autocontrol alimenticio a la morbilidad- se anuncia problemático. La renovación de los mecanismos de distensión de los mercados corporales masculinos, necesitará afrontarse con la interiorización de pautas de cuidado estéticas que hoy pueden esquivarse mediante un trabajo de control mutuo y de tranquilización individual –“yo no necesito hacer esto”- cuya eficacia comienza quizá a menguar.